

parecer fácilmente el dinero y la moralidad de un pueblo.

Ya hemos visto lo que el rey, los príncipes, los nobles, el clero y los magistrados habían hecho con las costumbres. Ahora veremos lo que los filósofos hicieron de la religión.

CAPÍTULO XXVIII

Los filósofos

Había, hacia mediados del siglo, tres hombres que profesaban un odio terrible al cristianismo.

Voltaire, d'Alembert y Diderot.

Odiaba Voltaire la religión porque aborrecía todo aquello en que había pureza, y tenía celos de todo lo que era grande. ¿Cómo había de respetar al Cristo de los judíos, el que había menospreciado á Juana de Arco que era el Cristo de la Francia?

Aborrecía d'Alembert la religión, porque hijo de un abate y de una canonesa, había exhalado sus primeros quejidos en el atrio de una iglesia; y porque la iglesia había sido hospitalaria recogiendo, y la canonesa y el abate culpables, hacía responsable á la religión del crimen de su nacimiento y de su abandono.

Diderot aborrecía la religión porque naturalmente era loco, y en su entusiasmo por el caos de sus propias ideas, se complacía más en forjarse él mismo misterios que en adoptar los del Evangelio.

Además, habían llegado los días de la destrucción. Cuando el destino quiere quemar el templo de Diana, hace nacer á Erostrato.

Diderot era alternativamente ateo, materialista, deísta ó escéptico, pero siempre impío.

Deben, sin embargo, exceptuarse sus primeras publicaciones; porque comenzó á darse á conocer entre los filósofos con el *Ensayo sobre el mérito de la virtud*.

En este libro no sólo era deísta, sino también religioso, pero puede perdonársele porque no tenía más que treinta años. No hay virtud sin religión, dice, el ateísmo deja sin apoyo á la probidad, y nos conduce indiscretamente á la depravación.

Un año después dió á luz los *Pensamientos filosóficos*. Aunque en esta obra aparece el mismo hombre de antes, ya había progresos, pero el cristiano no había podido convertirse del todo en filósofo.

Hay, dice, tres especies de ateos. Los verdaderos, los escépticos, y los que quisieran que no hubiera Dios, que aparentan estar persuadidos de ello, y que viven como si lo estuviesen en efecto. Éstos son los fanfarrones del partido. Los detesto porque son falsos. Á los verdaderos ateos los compadezco, porque ningún consuelo les queda. — Quedan los escépticos, y ruego á Dios por ellos porque les faltan las luces.

Poco tardó en publicar su *Carta sobre los ciegos para el uso de los que ven*.

Su héroe es allí un ciego de nacimiento, que hallándose para morir, y exhortándolo el ministro que lo auxiliaba á que reconociese á un Dios creador, se resiste á hacerlo, dando por razón, que él nunca había visto nada de lo que le querían hacer admirar en la naturaleza.

Por haber escrito este libro fué enviado Diderot á Vincennes, donde permaneció preso tres meses.

En estos tres meses de cautiverio fué donde Diderot soñó con su Enciclopedia, de la que habló á d'Alembert así que salió de su prisión.

La aceptó d'Alembert, y establecieron al instante el plan de la gran obra, y ya determinado, publicó Diderot el *Prospecto y Sentencia de los conocimientos humanos*.

Convertido completamente Diderot en 1760, escribió á su padre invitándole á que abdicase su atroz sistema; este sistema atroz era el cristianismo.

Ya está del todo lanzado al filosofismo: va á publicar la vida de Séneca, y dirá en ella: *Que entre él y su perro no existe más diferencia que la del vestido*.

Ya no cree en el alma; ahora se verán salir sus *Principios filosóficos sobre la materia y el movimiento*.

El movimiento, dice Diderot al comenzar, es inherente á la materia. No hay que pasar más adelante para conocer que ya Diderot no creía en Dios.

Ahora que persigue al cristianismo, que no cree ya ni en Dios ni en el alma, va á atacar á la sociedad que cree aún en todo esto.

Léase el suplemento al viaje de Bougainville, ó el diálogo entre A. y B. acerca del inconveniente de hacer entrar ideas morales en acciones que no tienen moralidad.

Sigue el autor á Bougainville á Otaití, y llega al colmo de su gozo por haber hallado al fin un país, cuyos males están en la naturaleza. Con efecto, el recato y el pudor son una quimera, la fidelidad conyugal, obstinación y suplicio. En una sociedad bien organizada, esto es, natural, las mujeres, como en la república de Platón, son libres; y todas las legislaciones que han prescrito la monogamia, han violentado y ultrajado á la naturaleza.

Enhorabuena; esto no es más que la invención del soñador; pero hay algo más grave.

"ALFONSO REYES"

1626 MONTECERRAT, MENDOZA

Las *Conversaciones de un padre con sus hijos*, ó *El peligro de hacerse superiores á las leyes*.

Seguramente se le puso este título al libro para que pudiera correr, ó para escamotearle el privilegio del rey á un censor medio dormido.

Dice :

No hay leyes para el sabio. Estando todas las leyes sujetas á excepciones, á él es al que le toca juzgar de los casos en que debe someterse á ellas ó eludirlas.

Todos los años se envían en Francia á los presidios quinientos sabios que tienen estas cualidades.

Publicó después las *Joyas indiscretas*, *Santiago el fatalista* y *La Religiosa*.

Hay en la edición de Naigeón pasajes, que no es posible trasladar aquí ; hay uno en que Diderot habla alternativamente en latín, en inglés y en italiano, porque, á pesar de ser cínico por excelencia, no se ha atrevido á ponerlo en francés.

Salió por último el famoso ditirambo titulado : *Los Eleutheromanos ó los Furiosos por la libertad*, en el que se hallan dos famosos versos que dicen que :

» Faltándole una cuerda para estrangular á los reyes, la formaban con sus propias manos retorciendo las tripas de un clérigo. »

¿ Y se podrá decir aún al ver esto, que no había libertad para expresar las ideas en tiempo de Luis XV ?

No tiene, d'Alembert tanta verbosidad, ni tampoco se exalta tanto. Procede con la calma de la verdadera filosofía ; es siempre como el minero obstinado, subte-

rráneo y silencioso, cuyo azadón resuena sordamente, conmoviendo el edificio que quiere derribar.

D'Alembert es frío, prudente y astuto ; casi siempre se esconde, y cuando se manifiesta, no deja ver más que lo que es absolutamente preciso para ser percibido. Disimula por instinto ; no hace la guerra como jefe de partido. El mando se lo deja á Voltaire. Él hace lo que un capitán de cazadores, que á cubierto con un matorral, se regocija de ver caer á los enemigos sobre quienes tira, estando á cubierto. Siempre sobre sí, tiene prevenida la réplica que podría comprometerlo y la respuesta con que pudieran convenirlo.

Va siempre, por costumbre, envuelto entre nubes, como aquellos combatientes de Homero, á los que un dios protector quisiese liberrar de los peligros. Á d'Alembert le bastan los homenajes de una asamblea. Con cuarenta manos que aplaudan un discurso que haya pronunciado, ya tiene un día de triunfo. Si el reclutador de la impiedad engancha, inicia y forma á los adeptos secundarios, dirige las misiones, lleva las correspondencias. Pobre escritor, árido, afectado, enredoso, bajo é innoble, es un prosista de tercera clase ; pero un matemático de primer orden.

Su prudencia filosófica se hace patente aun á sus mejores amigos, se pudiera decir que hasta á sus cómplices, que no tiene necesidad de estar convencido, y que para medir con exactitud cree poco necesario el compás algebraico.

Voltaire, que á pesar de predicar la impiedad, fluctúa eternamente entre las dudas, Voltaire le escribía á él y á Federico :

« Estamos circundados de dudas, y nada es más

desagradable que dudar. ¿Hay un Dios tal como se dice? ¿Un alma de la manera que se imagina? ¿Relaciones semejantes á las que se establecen? ¿Hay algo que esperar después del momento de la vida? ¿Tenía Gelimer razón para reirse, cuando despojado de sus Estados lo presentaron delante de Justiniano? ¿Y Catón tenía razón para matarse por miedo de ver á César? ¿La gloria no es más que una ilusión? ¿Porque Mustafá, haciendo todas las necesidades posibles, ignorante, orgulloso y batido, ha de ser más feliz si digiere, que un filósofo que no digiera? ¿Son iguales todos los seres ante el gran Ser que anima á la naturaleza? Y en este caso, ¿el alma de Ravailac sería igual á la de Enrique IV, ó ni el uno ni el otro tienen alma? Que desenmarañe todo esto el filósofo; por lo que á mi toca, nada comprendo. »

« Os confieso, le respondió d'Alembert, que acerca de la existencia de Dios, el autor del *Sistema de la naturaleza* me parece demasiado firme y demasiado dogmático; en esta materia no veo más que escepticismo sin razón. ¿Qué sabemos? Es mi respuesta á todas las cuestiones metafísicas; y la reflexión que podría añadirse á esta respuesta es, ya que nada sabemos, que no nos importe tampoco el no saber más. »

Y más adelante añade el mismo d'Alembert:

« El no, es metafísico, no me parece tampoco más discreto que el sí; y el no, ó esto no es claro, es sin embargo la única respuesta razonable que se puede dar á casi todo. »

Pudiera perdonárseles á los apóstoles de la destrucción si ellos mismos estuviesen convencidos; pero por lo expuesto ya se ha visto que no lo están.

D'Alembert reconvenía á Voltaire, que tenía entonces sesenta y ocho años, veintitrés años más que él, porque era impaciente, porque quería caminar demasiado de prisa; en fin, porque se comprometía.

Si el género humano se ilustra, le escribía, es porque se le enseña poco á poco.

Esta máxima fué la que hizo que d'Alembert aceptase el plan de la Enciclopedia.

Y con efecto, los primeros volúmenes de aquella inmensa colección debían estar redactados con prudencia para que no asustasen al clero; y á pesar de esto, sin embargo, un decreto del consejo del rey de 7 de febrero de 1752 suprime los dos primeros tomos, y se suspendió la impresión de los demás durante diez y ocho meses. Pero d'Alembert, Diderot y Voltaire obtuvieron permiso para continuarla y la continuaron.

Se publicaron otros cinco tomos. Los religiosos se alarmaron, clamaron contra aquella impiedad, y otro decreto del consejo del rey de 3 de marzo de 1759 revocó el privilegio. Temió d'Alembert comprometerse, y consecuente con su carácter, se retiró. Diderot insistió, perseveró, solicitó, interesó con sus miras al director de imprentas, haciendo valer las ventajas inmensas que semejante empresa podría proporcionar al comercio; y el duque de Choiseul, que nos había aliado con el Austria, que había suprimido los jesuitas y que tenía que completar su obra, el duque de Choiseul decide que no sólo continúe la publicación de la Enciclopedia, sino que además no quede sometida á ninguna censura.

Con esta autorización se publicaron entonces aquellas máximas, que casi todas habían salido de la pluma de d'Alembert.

« En la naturaleza no existe ningún ser al que se le pueda denominar primero ó último. Existe una máquina infinita en todos los sentidos. (Art. Enciclop.)

» También el átomo es Dios. — Es la primera causa de todo, porque todo es, y todo lo que pertenece es activo, esencialmente por sí mismo, solo inalterable, solo eterno, solo inmutable. (Art. Locke.)

» ¿Qué importa que piense ó no piense la materia? ¿Qué tiene esto que ver con la justicia ó la injusticia, con la inmortalidad, y con todas las verdades del sistema, ya sea política ó ya religiosa? (Art. Locke.)

» Lo vivo y lo animado no es más que una propiedad física de la materia. La única diferencia que hay entre ciertos vegetales y animales tales como nosotros, es: que ellos duermen y nosotros velamos; que nosotros somos animales que sentimos y ellos animales que no sienten. » (Art. Animal.)

También le escribió Voltaire á d'Alembert :

« Mientras dure la guerra entre los parlamentos y los obispos no se meterán con los filósofos, y podréis decir verdades que hace veinte años nadie se habría aventurado á exponer. » (Carta á d'Alembert, 13 de noviembre, 1736.)

Y d'Alembert, fiel á la invitación del maestro, amontona en la Enciclopedia verdades sobre verda-

des, de suerte que todo prospera, y el 4 de mayo de 1762 pude escribirle á Voltaire :

« En este momento todo lo veo color de rosa; veo que la tolerancia volverá á atraernos á los protestantes; se restablecerá el matrimonio de los clérigos, se abolirá la confesión, y se destruirá el fanatismo, sin que apenas se sienta. »

Trataremos ahora de este maestro que profesa y obra á la vez: que es al mismo tiempo la cabeza que conspira y el brazo que ejecuta; astro fatal, en torno del cual, todos no son más que satélites, y que arrastra á todo un mundo á un turbillón de ateísmo y de impiedad.

Voltaire era mucho más perseverante que Diderot; mucho más osado que d'Alembert. Atrevido hasta la impudencia, insulta, afirma, inventa, falsea las Escrituras y los Santos Padres; usa á su antojo del sí y del no; con todo embiste, por delante de sí, por detrás, á derecha y á izquierda. ¿Qué le importa herir con tal que lastime? Uno de sus dardos perdidos no tardará en lastimar á la dignidad real ó á la religión. Ardiente, colérico é impetuoso, nada disimula, sino como forzado, como el jefe que se ve obligado á levantar sus baterías á cubierto. Es indudable que se complacería, como él mismo lo dice, si pudiese hacerle á la religión la guerra abiertamente, aunque tuviese que morir sobre un montón de cristianos inmolados á sus pies. (Carta á d'Alembert del 20 de abril de 1761.)

Pero concibe que es preciso herir y ocultar la mano. (Carta á d'Alembert en mayo de 1761.) Obrar como conjurados, no como defensores celosos

¡ Pero cuánto le cuesta el disimulo á este Agamón de los ejércitos escépticos ! Al contrario absolutamente que d'Alembert, al que le basta que lo aplaudan cuarenta manos, Voltaire necesita todas las trompetas de la fama desde París á Berlin, de Ferney á Stokolmo, de Ginebra á San Petersburgo.

La gloria que este hombre tiene, decia d'Alembert, vale millones; y él sin embargo ambiciona todavía por valor de un sueldo.

Nació Voltaire en 1698 y murió en 1778: dominará todo un siglo; Satanás le alargó la vida, porque su obra era inmensa.

Así es que desde su juventud se dedicó á trabajar en ella.

« ¡ Desdichado ! tú serás el porta-estandarte de la impiedad, » le decia el jesuita Leray á Voltaire, cuando no era todavía más que un simple estudiante en el colegio de Luis el Grande.

Y con efecto, Voltaire se engrandeció en medio de la sociedad pagana del fin del siglo xvii, y de la sociedad atea del siglo xviii. Fué discípulo de Chauvieu, y cómensal del palacio Vendome.

Una cuestión con el señor de Rolián le obligó á refugiarse en Inglaterra, y allí fué, según dice Condorcet, donde Voltaire juró consagrar su vida en destruir la religión. Ha cumplido su palabra.

La confesión fué sencilla, pero admirada hasta en nuestra época.

— *Por más que hagáis, le dijo un día el teniente de policia Herault, no conseguiréis destruir la religión cristiana.*

— *Ya lo veremos, le respondió Voltaire.*

« *En verdad, decia el autor de la Pucelle, que estoy*

cansado de oírles repetir sin cesar que han bastado doce hombres para establecer el cristianismo. Tengo deseos de probarles que no se necesita más que uno para destruirlo. »

En 24 de julio de 1760 le escribía á d'Alembert :

— ¿ Pues qué, sería posible que cinco ó seis hombres de mérito, que se pusiesen de acuerdo y se comprendiesen, no saliesen adelante con su empresa, cuando consiguieron la suya doce bribones ?

Estos doce bribones son los apóstoles.

Trabajaba Voltaire con ahinco, y como el terreno estaba bien preparado, la semilla no podía dejar de producir.

Así es que á los dos años que él había comenzado á atacar á los doce bribones, le escribía á Diderot, fluctuando siempre en las dudas como el balancín de un péndulo :

Cualquiera que sea el partido que toméis, os recomiendo á la infame; es preciso que desaparezca de entre la gente de valer, y que se quede para la canalla, que es para la que se hizo.

La infame era la religión. Voltaire nunca usará de otra palabra para designarla.

El 2 de septiembre de 1768, escribía :

Damilaville debe hallarse muy contento con el desprecio que hacen de la infame todos los hombres que valen algo en Europa. Esto era todo lo que se quería y lo

que se necesitaba, porque no podía pretenderse ilustrar á los zapateros remendones y á las criadas de servicio ; esto les toca á los apóstoles.

El ataque era unánime, los golpes se daban á com-pás, y la división era difícil con instrucciones como las siguientes, dadas en 1761 :

« Oh filósofos míos, es necesario marchar unidos como la falange de Macedonia, que no fué vencida sino por haberse dispersado. Que formen los verdaderos filósofos una hermandad como los francmasones ; que se reunan, que se sostengan, que sean fieles. Esta academia valdrá mucho más que las de Atenas y que todas las de París. »

Véase también la alegría del filósofo de Ferney, cuando notó que la semilla germinaba y que la cruzada producía sus frutos.

« La victoria se declara por nosotros, le escribía á Damilaville que hacía ostentación de profesar el ateísmo. Os aseguro que dentro de poco, no quedará más que la canalla bajo los estandartes de nuestros enemigos, y á esta canalla no la queremos ni como partidarios, ni como adversarios. Nosotros formamos un cuerpo de caballeros valientes, defensores de la libertad, y no admitimos entre nosotros sino gentes bien educadas. Vamos, pues, valiente Diderot, intrépido d'Alembert, uníos á mí, querido Damilaville ; embestid con los fanáticos y los bribones. Compadece-d á Blas Pascal y despreciad á Hauteville y Abadie, tanto como si fueran padres de la Iglesia. »

Mucho mayor fué su alegría cuando se encontró con Federico ; ¡ qué gozo el de contar entre sus discipulos al vencedor de Rosbach ! ¡ El de dar á sus palabras el peso de los aplausos de un auditorio coronado ! un escolar que responde á su maestro palabras tales como las siguientes :

« Para hablaros con mi acostumbrada franqueza, os confesaré naturalmente, que todo lo que tiene relación con el *Hombre-Dios*, no me agrada en boca de un filósofo, que debe ser superior á los errores vulgares. Dejad al gran Corneille, á ese viejo chocheador que ha vuelto á la infancia, dejadle el insípido trabajo de rimar la *Imitación de Jesucristo*, y no toméis de nadie más que de vuestro propio ingenio lo que nos habéis de decir. Se puede hablar de la fábula, pero sólo como fábula ; y yo creo que lo mejor que puede hacerse es guardar un silencio profundo acerca de las fábulas cristianas, conocidas por su antigüedad y por la credulidad de las personas absurdas y estúpidas. »

Esto era lo que pensaba Federico de la religión. Ahora se verá lo que pensaba de la inmortalidad del alma.

« Un filósofo, á quien conozco, hombre determinado en sus sentimientos, cree que tenemos bastantes grados de probabilidad para llegar á la certidumbre de que *post mortem nihil est* (ó bien que la muerte es un sueño eterno). Dice que el hombre no es doble, y que nosotros no somos más que la materia animada por el movimiento. Este hombre raro dice además, que no existe ninguna relación entre los animales y la inteligencia suprema. »

Cinco años después, Federico enardecido, confesó que aquel hombre raro era él mismo.

« Estoy muy seguro, dice, que no soy doble, por lo tanto no me considero más que como un ser único. Sé que soy un animal organizado, y que pienso, de lo que deduzco que la materia puede pensar, así como tiene la propiedad de ser eléctrica. »

Nada es tan contagioso como el ejemplo, ni tan dulce como las alabanzas. Por esto los soberanos de Europa, viendo que los filósofos alababan á su colega el rey de Prusia, quisieron que los alabasen también á ellos.

José II se hizo desde luego filósofo, y fué admitido é iniciado por Federico en los misterios de la conspiración anticristiana.

Estos dos antiguos antagonistas olvidaron doce años de guerra y se aliaron contra el enemigo común : el Cristo.

También se apresuró Voltaire á participar á d'Alembert la conquista imperial que había hecho la filosofía.

« Me habéis dado un verdadero placer, le escribió el 28 de octubre de 1769, reduciendo el infinito á su justo valor. Pero yo os diré algo más importante : Grimm asegura que el emperador es de los nuestros ; esto es magnífico, porque su hermana la duquesa de Parma está en nuestra contra. »

Se trató de dar las gracias á Federico, y el jefe de la secta se encargó de hacerlo.

« Un bohemio que tiene muchísimo talento y filosofía, nombrado Grimm, me ha enviado á decir que vos habíais iniciado al emperador en nuestros santos misterios ; esta es una excelente adquisición para la filosofía. »

La adquisición era cierta, y poco después comenzó la guerra. José II suprimió en sus Estados las tres cuartas partes de los monasterios, y se apoderó de los bienes eclesiásticos. Echó de sus celdas hasta los carmelitas, á los que la pobreza de su orden y la austeridad de su regla parecían deber protegerlos contra la avaricia del príncipe ó la reforma del filósofo.

El progreso continuó ; las adquisiciones se aumentaron. El 25 de noviembre de 1770 escribía d'Alembert :

« Tenemos de nuestra parte á la emperatriz Catalina, el rey de Prusia, el rey de Dinamarca, la reina de Suecia, su hijo, muchos príncipes del imperio y toda la Alemania. »

También Voltaire por su parte le escribió á Federico el mismo mes y casi el mismo día :

« Yo no sé lo que piensa Mustafá acerca de la inmortalidad del alma ; pero creo que él no piensa. En cuanto á la emperatriz de Rusia, la reina vuestra hermana, el rey de Polonia y el príncipe Gustavo, hijo de la reina de Suecia, imagino que sé lo que piensan. »

Hecha, pues, la cuenta, resulta : un emperador, una

emperatriz, una reina y cuatro reyes, que ayudan á Voltaire para destruir á la *infame*.

En los siglos XII y XIII se hacían cruzadas para defender á Cristo; en el siglo XVIII se hacen cruzadas en su contra.

La admiración que los filósofos manifiestan á Catalina es superior á la que tuvieron por Federico.

« Somos tres los que nos ocupamos en erigirnos altares, le escribía Voltaire á la emperatriz; Diderot, d'Alembert y yo. »

Á lo que le respondía Catalina :

« Dejadme en la tierra y estaré mejor que en los altares, para recibir vuestras cartas y las de vuestros amigos. »

Poco tardó el rey de Dinamarca en reunirse á la liga. Joven, verdugo de su médico y de su favorito Struenzée, debía tener tendencias filosóficas. Á la edad de diez y siete años vino á Francia, y dijo en Fontainebleau :

« El señor de Voltaire ha sido el que me ha hecho hombre y me ha enseñado á pensar. »

Ya que los filósofos se han asegurado de los príncipes, ya que, como lo dice Voltaire, está completo el triunfo y se ha destruido á la *infame*, hay que pasar insensiblemente, sin que se sienta, de la religión á la dignidad real, del altar al trono.

Y lo más raro, lo que prueba que una fatalidad lo impele, lo que prueba que es una misión que tiene

que cumplir, es que Voltaire es amigo de los reyes, ama la monarquía, y anhela más que nada los favores aristocráticos que emanan del trono. Un título de gentilhombre lo hace feliz en Francia; una llave de camarero lo llena de gozo en Prusia. Empleó la primera parte de su vida en celebrar á Luis XIV, Enrique IV, Carlos XII, Pedro I, Catalina II y Federico; y ha escrito á Marmontel cartas como la siguiente :

« En vista de la protección del señor de Choiseul y de la señora de Pompadour, me podéis enviar todo sin riesgo. Se sabe que yo amo al rey y al Estado; no será en mi casa donde los Damianos hayan oído discursos sediciosos. Desafío á todos los jansenistas y á todos los molinistas á que sean más adictos al rey de lo que yo lo soy. Me ocupo en disecar pantanos, edificar una iglesia, y hacer votos por el rey. Es preciso, mi querido amigo, que sepa el rey, que los filósofos le son más adictos que los fanáticos y los hipócritas de su reino. » (15 de agosto, 1760.)

No fué solo á Marmontel al que dirigió Voltaire sus profesiones de fe realistas. El siguiente fragmento es de una carta á Helvetius de 27 de octubre de 1760 :

« Al rey le interesa que se aumente el número de los filósofos y disminuya el de los fanáticos. Nosotros somos pacíficos, y todos esos otros son perturbadores. Nosotros somos ciudadanos y ellos sediciosos. Los buenos servidores del rey triunfarán en París, en Vorrey y hasta en las Delicias. »

Thiriot, filósofo economista, le remitió la teoría del impuesto.

« He recibido la teoría del impuesto, le respondió Voltaire. Teoría oscura, teoría absurda, y todas esas teorías producen el mal de hacer creer á los extranjeros que no tenemos recursos y que pueden ultrajarnos y atacarnos impunemente. ¡ Buenos ciudadanos y amigos de los hombres serán los que tal hacen ! Que vengan como yo á la frontera y pronto cambiarán de dictamen. Verán cuán necesario es hacer respetar al rey y al Estado. Á fe mía, que parece que en París todo se ve al revés. »

Como estas tres afirmaciones de lo dicho podrían citarse cincuenta, pero bastan las tres citadas.

Ha llegado ya el día de atacar á la dignidad real. Voltaire, á pesar de todas las protestas que acaba de hacer, no faltará á la llamada; será uno de los primeros que se presentará en la liza. Por otra parte, hace ya mucho tiempo que atacó á la dignidad real en verso, tanto en el teatro como en sus epístolas; pero la poesía tiene sus licencias, y la rima sus precisiones.

Un académico de Marsella le escribió para convidarlo á que visitase á la hija de la vieja Focea.

« Admitiría vuestra invitación, si fuese todavía Marsella una república griega; porque aunque me gustan las academias, me gustan más las repúblicas. Dichosos los países donde los que gobiernan vienen á visitarnos á nuestras casas, y no se ofenden de que nosotros no vayamos á visitarlos á las suyas. »

Está bien á la vista que Voltaire, siguiendo el consejo de d'Alembert, procede poco á poco, adelanta paso á paso. No detesta todavía las monarquías, pero

le gustan las repúblicas. Veamos sus progresos republicanos.

Una carta de d'Alembert á Voltaire de 19 de enero 1769 prueba que aquél camina al mismo paso que su maestro.

« Amáis la libertad y la razón, mi querido é ilustre cofrade; y seguramente no se puede amar á la una sin la otra. Pues bien, voy á daros á conocer á un digno filósofo republicano, que os hablará de filosofía y de libertad; es el señor Jennings, camarero del rey de Suecia, hombre de extraordinario mérito y de la mayor reputación de su patria. Es digno de conoceros por sí mismo, y por lo que aprecia vuestras obras, que tanto han contribuido á extender aquellos dos sentimientos, entre los que son dignos de sentirlos. »

¿Qué puede decirse de este filósofo republicano, que es al mismo tiempo camarero del rey de Suecia?

Y no se crea por esto que Voltaire se equivoca acerca de la suerte que la obra filosófica reserva al porvenir.

Léase el siguiente párrafo de una carta al marqués de Chauvelin, y se verá si se había equivocado el profeta de malas nuevas.

« Todo lo que veo contribuye á sembrar la semilla de una revolución que llegará irremisiblemente, y que no tendré yo el placer de presenciar. Los franceses siempre llegan á todo tarde, pero llegan. La luz se ha extendido tanto, que en la primera ocasión se estallará, y entonces el trastorno será completo. — ¡ Qué felices son los jóvenes ! ¡ Qué hermosos sucesos presenciarán ! »

Esta carta es del 2 de marzo de 1764, esto es, Voltaire predijo el trastorno y los sucesos hermosos veintiséis años antes de que acaeciesen.

También veintiséis años después, el *Mercurio de Francia*, en su número del 7 de agosto de 1790, dando noticias de la vida de Voltaire por Condorcet, dice:

« Parece que debían haberse desenvuelto más las obligaciones eternas que el género humano debe á Voltaire; y las circunstancias actuales proporcionan una ocasión excelente para hacerlo. Él no ha visto todo lo que ha hecho, pero ha hecho todo lo que vemos. Los observadores ilustrados, los que sepan escribir la historia, probarán á los que saben pensar, que el primer autor de esta gran revolución, que admira á la Europa, y que en todas partes infunde esperanzas á los pueblos é inquietud á las cortes, fué Voltaire sin contradicción. Él fué el primero que derribó la barrera más formidable del despotismo, el poder religioso y sacerdotal. Si no hubiese sacudido el yugo de los clérigos, jamás habría podido librarse del de los tiranos. Como el uno y el otro nos oprimían á la vez, sacudido el uno, no podía dejarse de sacudir pronto el otro. »

Pues ahora bien; á este trabajo continuo de la potencia trinitaria enciclopédica, á este trabajo cotidiano, incesante, combinado en su progresión, y que como el del ingeniero que puede señalar el día en que se verá obligada á rendirse la plaza que está sitiando, únense los trabajos parciales de Rousseau, de Bayle, de Raynal, de Helvetius, de Grimm y del barón de Holbach, y se podrá formar una idea exacta

de la parte que tuvieron los filósofos en la revolución cuya historia se va á referir.

Tampoco se debe pensar que este trabajo, mitad subterráneo y mitad exterior, pueda producir sus resultados, sin causar un asombro inmenso á todas las clases que por una serie de siglos están encargadas de defender la forma monárquica, como conservadora de la sociedad. El clero, sobre todo, el clero, que aunque ni tiene religión ni costumbres, tiene previsión; el clero hace suceder unas á otras sus representaciones, sus observaciones y sus profecías.

Véanse desde luego las siguientes quejas. Es verdad que están dirigidas al señor de Loemieu, arzobispo de Tolosa, al que, para ser un excelente arzobispo, no le faltaba más que una sola cosa, que era creer en Dios.

« No insistiremos, decían los obispos á Luis XV, en la asamblea de 1765, en el interés urgente que tiene V. M. de contener los progresos de la nueva filosofía, cuyas obras acabamos de condenar, son los frutos desgraciados que vuelven á hacer valer la filosofía que el Evangelio había sepultado, y que renace de sus cenizas, no ya para restablecer el culto de los sacrificios, ni para establecer tampoco la falsa sabiduría de la Roma pagana y de Atenas, sino para envilecer y rebajar todo cuanto hay de sagrado entre los hombres.

» V. M. está demasiado instruido de las ventajas que la religión proporciona á las naciones, y sobre todo, del poderoso apoyo que presta á la autoridad de los reyes, para no mirar á la impiedad, que procura destruirla, como la mayor plaga que pueda haber alligido á su reino.

» Esta plaga, de que nos quejamos, no cesará de afligir á sus Estados, mientras no se sujete la imprenta á reglamentos que se cumplan fielmente.

» Así pensaron y procedieron vuestros ilustres predecesores, cuando el luteranismo, después de haber desolado la Alemania, procuró introducirse en Francia. La piedad de aquellos grandes reyes y de los magistrados depositarios de su autoridad, tomó medidas rigurosas para no permitir los libros perniciosos. Estas medidas se hallan en las leyes de 1542, 1547 y 1551.

» Os suplicamos, señor, que mandéis se os presenten estas leyes y reglamentos. V. M. hallará en ellos ejemplos de sabiduría y de severidad dignos de ser imitados. En ellas verá V. M. á los autores, los librerros, y hasta los que compran estos libros, condenados á penas severas, y empleada la vía del *Monitorio* contra los que los esconden y se obstinan en conservarlos.

» Muy distantes nos hallamos, señor, de querer que se pongan trabas al genio, ni se contengan los progresos de los conocimientos humanos; pero debemos representar á V. M. que el contagio de que se hallan desnaturalizados vuestros Estados, es comparable al del luteranismo, contra el que vuestros ilustres predecesores tomaron tantas medidas.

» Hemos llegado al momento fatal en que la imprenta perderá á la Iglesia y al Estado.

» De todos los órdenes del Estado, el clero es el primero y al que más le importa conservar las costumbres, la religión y también las leyes fundamentales de la monarquía. Sería justo y prudente que la imprenta estuviese sometida á nuestra inspección, y que se nos encargase su administración, porque nadie

tiene tanto interés como nosotros en prevenir que se abuse de ella.

» No solicitamos una ley nueva, nos limitamos á pedir á V. M. que se pongan en vigor las antiguas.

» Las desgracias de que estamos amenazados hace más necesaria su ejecución.

» No ignora, señor, vuestro clero, que V. M. ha dado muchas veces órdenes para reprimir la libertad con que se extienden por vuestros pueblos muchos malos libros. Pero si todos aquellos á quienes está confiada la ejecución de vuestras órdenes, no cuidan de evitar las contravenciones, ó si por permisos tácitos parece quererse establecer una inteligencia entre la impiedad y el gobierno, á pesar de las intenciones puras de V. M. se debilitará la religión entre nosotros, y la Francia tarde ó temprano irá á precipitarse en las sombras del error. »

Esta representación se refería á los malos libros, á los libros infames de que se ha tratado; por lo que respecta á los libros filosóficos fué cinco años después cuando se sublevó el clero y dijo al rey en un escrito:

« La impiedad tiende á destruir á un tiempo mismo á Dios y á los hombres, y no quedará satisfecha hasta que haya anonadado todos los poderes divinos y humanos.

» Si dudase V. M. de esta triste verdad, estamos en estado de manifestarle pruebas patentes en un libro religioso recientemente extendido por los pueblos, con el especioso título de *Sistema de la naturaleza*.

» En él se enseña sin rebozo el ateísmo. El autor de esta producción, la más criminal que el espíritu humano se haya atrevido hasta ahora á producir, no

creo haber hecho á los hombres bastante daño enseñándoles que no hay en el mundo ni libertad, ni Providencia, ni *ser espiritual*, ni vida futura; dirige sus miras á las sociedades y á los jefes que las gobiernan. No encuentra en ellas más que una vil reunión de hombres corrompidos, ignorantes, y prosternados delante de los clérigos que los engañan y de los príncipes que los oprimen. En el concierto feliz que existe entre el imperio y el sacerdocio, él no ve más que una liga contra la virtud y contra el género humano.

» Les enseña á las naciones que los reyes ni tienen, ni pueden tener sobre ellas más autoridad, que las que ellas mismas hayan querido confiarle. Que ellas tienen el derecho de moderarla, de restringirla, de pedirles cuenta de ella y hasta de despojarlos, si lo creyesen conveniente para sus intereses.

» Las invita á tener valor para hacer uso de este derecho, y les anuncia que nunca estarán honradas, sino cuando hayan obligado á los soberanos á no ser más que los representantes del pueblo y *los ejecutores de su voluntad.* »

Alarmado Luis XV respondió :

« Estoy de acuerdo con las manifestaciones del clero. Veo á la impiedad como la plaga más peligrosa, porque sabe eludir las medidas que se toman para atajar su curso. Mi amor á la religión y su relación con el bien del Estado, deben responder á la asamblea de mi vigilancia. Las órdenes que voy á dar serán una prueba de la atención particular con que miraré siempre las representaciones del clero. »

También procedía el parlamento por su parte. El 18 de agosto de 1770 mandó que fuesen quemados : *el Cristianismo al descubierto*, — *Dios y los hombres*, — *el Sistema de la naturaleza*, — *el Contagio sagrado*, — *el Infierno destruido*, etc., etc.

Y en fin, en 1772 renovaron sus representaciones los obispos y los prelados.

« La impiedad, decían, abusa con demasiada audacia del arte de escribir para romper los lazos del cristianismo y de la dependencia. Los libros se han convertido en una peste general que desola á la nación. De esto proceden la efervescencia de los espíritus, y esta revolución aflictiva que se opera todos los días á nuestra vista en las costumbres públicas. No podemos, señor, dejar de representar á V. M. que los protestantes tienen asambleas en muchas provincias para el ejercicio de su religión. Ya no las cubren con el velo del secreto y de la oscuridad, como hacían antes para sustraerse á la vigilancia de los magistrados. No insistiremos, señor, en los peligros que acarrearán estas asociaciones. »

Entre estas sociedades de que hablaban los obispos había una, de la que Voltaire por su parte había dicho dos palabras.

La sociedad de los francmasones, que produjo los templarios en el siglo XII y los iluminados en el XVIII.